

RAFAEL VIRUELA MARTÍNEZ*
CONCHA DOMINGO PÉREZ*

LA INFORMALIZACIÓN EN LA INDUSTRIA DEL CALZADO, UN TRABAJO DE MUJERES

*El desarrollo industrial, en medida importante,
está basado en el trabajo de la mujer*

José María Bernabé, 1976, p. 81

RESUMEN

Desde sus primeros trabajos, el profesor José M^a Bernabé puso de relieve la importancia del trabajo de la mujer en la industria del calzado, donde la informalidad estuvo siempre presente en algunas fases del proceso de fabricación. Este sistema persiste ahora en el marco productivo postfordista, tan exigente en flexibilidad. No obstante, el contexto social y los papeles de género son factores que inciden en la aceptación del trabajo informal, y los cambios socio-culturales, que afectan a la mujer, pueden también intervenir en su declive.

ABSTRACT

From his early works, professor José M^a Bernabé emphasised the importance of women work in the footwear industry, where informality was always present in some phases of the process of production. Now this system persists in the postfordist productive framework, which is so particular about flexibility. However, the social context and the gender roles are factors that influence the acceptance of informal work, and the sociocultural changes, which affect women, can also intervene in its decrease.

INTRODUCCIÓN

La industria del calzado es una de las actividades más tradicionales y representativas del País Valencià, con diferencia la primera región productora y exportadora de España. El sector se caracteriza por la gran concentración espacial en municipios de la Vall del

*Departament de Geografia. Universitat de València.

Vinalopó, Elx, Elda-Petrer y Villena y en la Vall d'Uixó, en la comarca de la Plana. Localidades que tradicionalmente han registrado un alto nivel de ocupación de la mano de obra, no sólo porque el proceso productivo requiera un gran número de operarios, sino por la decidida participación femenina en todo momento. En la segunda mitad del siglo XIX la fabricación de calzado estaba plenamente desarrollada y desde entonces ha tenido sucesivos altibajos, con momentos de gran concentración de los productores en las fábricas y épocas en que se externaliza la mayor parte del proceso. Artimaña o recurso que, de forma consciente o, en principio, fruto de antiguas costumbres, ha sido una constante en este sector. A mediados de los años setenta, se da la paradoja de que el trabajo informal¹ era tan llamativo que para diversos investigadores fue objeto de trabajos pioneros como los del profesor Bernabé (1975, 1976). En todos ellos ya se destaca el carácter intensivo en mano de obra de algunas fases del proceso de producción del calzado realizadas por mujeres de forma primordial y con un gran componente de trabajo a domicilio. Aparte de poner de manifiesto el fenómeno y su localización y difusión espacial, se intenta cuantificarlo y se profundiza en el análisis de sus causas y repercusiones sobre el sector y su continuidad futura, poniendo especial énfasis en la relación con el ciclo económico.

Transcurridos bastantes años, el trabajo informal en sus diferentes modalidades persiste en proporciones considerables, a pesar de los cambios experimentados desde el punto de vista económico, laboral y social. Este artículo tiene por objeto contribuir al estudio de este tema², con la interpretación que aporta la perspectiva de género, y destacar en mayor medida el papel de las mujeres, sus principales protagonistas. El contexto socio-familiar, con los cambios que la mujer ha experimentado en él, puede influir en la organización de estas viejas formas de trabajar, en su permanencia, su declive y también su distribución espacial.

EL COMPORTAMIENTO DE UN SECTOR INTENSIVO EN MANO DE OBRA

Al igual que otras industrias de bienes de consumo, la del calzado se caracteriza por el minifundismo empresarial, la orientación exportadora, la intensa ocupación de mano de obra y la espontaneidad de su desarrollo. En efecto, como ya destacó el profesor Bernabé, el sector ha tratado de reducir costes mediante la fragmentación del proceso productivo, la descentralización territorial, el recurso a mano de obra femenina y la ocupación irregular en talleres y a domicilio. Aunque la expansión del trabajo oculto suele vincularse a los problemas derivados de la crisis económica de los años setenta, podría plantearse también como la profundización de un sistema de antiguas raíces, a cuya explicación se suma el propio contexto social, por lo menos en su modalidad de trabajo a domicilio.

¹ Entendemos por trabajo informal la actividad laboral remunerada y no declarada a la Seguridad Social o declarada de forma incompleta o inadecuada. En las comarcas zapateras el trabajo a domicilio ha sido la modalidad más tradicional y habitual a la que se añade en las últimas décadas el empleo irregular en fábricas y talleres. Pese a las negativas implicaciones, la ocultación es tolerada por las comunidades afectadas.

² La posibilidad de abordar nuevamente la cuestión se basa en dos estudios previos. Uno realizado en la Vall d'Uixó durante 1992 (VIRUELA, 2000) y otro en las áreas zapateras de Alicante en 1999 (AA VV, 2000). Este último se basa en una encuesta realizada por el CIDES a 1.106 trabajadoras: un 50% a domicilio, un 25% en fábrica o taller ilegal y un 25% en condiciones legales. En ambos estudios se aplicó también el método cualitativo de la entrevista en profundidad. En la Vall d'Uixó se realizaron 29 entrevistas a trabajadoras y 3 a empresarios, a cargo de Rafael Viruela con ayuda de Teresa Diago y Salvador Andrés. En Alicante, Neus Pont Cháfer, Secretaria de la Dona de CCOO entrevistó a 14 trabajadoras y 5 responsables sindicales.

La división del trabajo productivo en función del género

En los estudios bajo la perspectiva de género se pone de relieve la importancia de la construcción de los papeles masculinos y femeninos en las relaciones socio-familiares y en la división del trabajo o del espacio, analizadas de manera conjunta en la actualidad. Sobre el trabajo informal en general, y a domicilio en particular, son ahora muy abundantes las aportaciones teóricas y empíricas (BAYLINA, 2000), pero en los primeros análisis realizados en ámbitos socio-económicos similares al nuestro, como el italiano (VINAY, 1985), o en condiciones diferentes (OBERHAUSER, 1994), ya se destaca el núcleo familiar y su ciclo vital como marco donde se desarrollan actividades heterogéneas, formales e informales, con las que hacer frente a las crisis y deficiencias que puede presentar la economía de mercado. El propio concepto de trabajo adopta connotaciones diferentes para unos y otras y tiene implicaciones desiguales sobre los miembros de la unidad familiar, especialmente en el mundo rural (LITTLE, 1991; SABATÉ, 1992).

Tradicionalmente el trabajo remunerado se asigna al varón, como responsable primordial de la obtención de las rentas domésticas, mientras que el salario de la mujer, en caso de existir, se considera un complemento o ayuda. Esta distribución ha sido una práctica constante, y aún es frecuente en la actualidad, aunque no se mantenga en el plano teórico. Por otra parte, el trabajo de reproducción social es femenino, en términos que todavía hoy se consideran universales. La división de papeles ha implicado una identificación de género para el espacio doméstico/privado, donde se realizan actividades reproductivas, y externo/público, ámbito del trabajo productivo. Tal asignación pierde consistencia, toda vez que el hogar también ha sido y es sede de trabajo productivo o, por el contrario, se realizan trabajos de reproducción fuera del propio hogar, aparte de que la frontera entre las actividades masculinas y femeninas es cada vez más difusa.

A pesar de las modificaciones experimentadas, la tradicional asignación de papeles de género ha tenido implicaciones de interés en el tema que nos ocupa, puesto que la realización de actividades específicas, supone la adquisición y transmisión en el seno familiar de un conjunto de saberes considerados femeninos. Sobre esta base se identifican algunas tareas productivas que se vinculan de forma automática a hombres y mujeres, utilizando una confusa mezcla de conceptos, como cualidades innatas, habilidades propias, etc. Como el trabajo femenino no remunerado ha sido sistemáticamente ignorado o poco apreciado, se traslada de forma un tanto mimética la división de tareas al trabajo productivo y, quizá simultáneamente, su infravaloración como falto de cualificación profesional, como han expuesto algunos autores (NAROTZKY, 1988; BAYLINA, 1994). Un ejemplo ilustrativo nos lo proporciona la escuela de aprendices de la empresa Segarra para la formación de mano de obra cualificada, en la que no se admitían mujeres (PEÑA, 1998).

En la industria del calzado, las mujeres se han ocupado tradicionalmente del aparato, que consiste en coser a mano o a máquina las diferentes piezas del zapato. Los hombres han asumido tareas de mayor reponsabilidad, pues ellos eran los artesanos zapateros y alpargateros de antaño, los empresarios, dueños de talleres y fábricas, los encargados de organizar el trabajo y de la comercialización del producto, o también han desempeñado trabajos para los que se requiere fuerza física. En el proceso de fabricación del calzado, como en otros trabajos, el profesor Bernabé ya hace notar desde sus primeras investigaciones la división sexuada del trabajo cuando trata de la fábrica modernizada de los años setenta: la sección de cortado está a cargo de hombres, que todavía lo efectúan manualmente, a excepción de las piezas más sencillas y materiales sintéticos para los que

se usa ya el troquel; a continuación, son mujeres las encargadas del aparato, que incluye fundamentalmente el cosido de las piezas, pero también otras fases como el rebajado y picado. La parte de montado-terminado es también masculina y vuelven a ser mujeres las encargadas de los toques finales (tintes, cera, planchado) y del embalaje (BERNABÉ, 1976, vid. pp. 98-100). Como se desprende del tipo de tareas, las mujeres están situadas en fases que requieren unos conocimientos y destrezas, muchas veces aprendidos en casa (manejo de la máquina de coser) y también habilidad, paciencia, pulcritud... En una palabra, las cualidades que se les atribuyen en la construcción de género y que no son valoradas en la remuneración.

La distinción entre trabajo masculino y trabajo femenino está perfectamente establecida, comporta diferente categoría laboral y, en consecuencia, explica las diferencias salariales, que se han mantenido desde siempre. Así, por ejemplo, a principios de siglo en la fábrica de alpargatas de Segarra el salario máximo de los varones era de seis reales y de dos el de las mujeres; en los años cuarenta ellos seguían ganando más del doble que las mujeres por término medio. La vida activa de la mujer, en un contexto que daba prioridad al trabajo reproductivo, finalizaba con el matrimonio, por lo que esta mano de obra en las fábricas estaba en continua renovación. Las mujeres no cobraban subsidio familiar ni antigüedad y, en razón de su juventud, las bajas laborales eran infrecuentes.

El bajo coste económico justifica por sí solo el empleo de un gran número de mujeres que, en las primeras décadas del siglo XX, llegaron a representar más de la mitad de la plantilla de las fábricas mecanizadas del Vinalopó. En la empresa Segarra las mujeres pasaron de representar el 26,4% al 41,8% en 1941 (PEÑA, 1998). El desarrollo industrial de los años sesenta hizo aumentar el censo de trabajadores del sector, sobre todo el de las mujeres ya que las tareas a ellas asignadas fueron menos afectadas por la mecanización. En los principales centros productores, el calzado era con diferencia el primer sector empleador, en especial para las mujeres, ya que ocupaba al 56% de las trabajadoras de la Vall d'Uixó (en 1975) y al 68% de las ilicitanas (en 1970). Por lo demás, el sector ha venido utilizando abundante mano de obra femenina porque la considera más capacitada para realizar un trabajo repetitivo y monótono, que exige precisión, destreza y paciencia. Aptitudes que no reconocen ni las propias interesadas porque, como ya se ha dicho, se adquieren en el ámbito doméstico y se suponen específicas de las mujeres.

La mecanización del trabajo masculino

Los avances tecnológicos y la consiguiente mecanización del proceso de fabricación del calzado desde mediados de los años cincuenta, tuvieron consecuencias que afectaron de forma muy desigual a hombres y mujeres, justamente al estar situados en fases de producción diferentes. El proceso de montaje del zapato se transformó, con la introducción de la neumática y la hidráulica en la maquinaria de montado y se sustituyó el cosido de la suela por el pegado, gracias al uso de una nueva cola. El resultado es una fuerte elevación de la productividad del trabajo masculino, al que afectaba la mecanización, mientras que la femenina apenas podía variar, salvo algunas mejoras en las máquinas de coser de las aparadoras en años posteriores:

“En los años setenta se instalan máquinas más precisas, mayor tecnología, tanto en el cortado ... en el aparato se mejora la maquinaria pero no se consigue una máquina capaz de hacer el trabajo manual. Ninguna máquina ha podido sustituir ese tipo de trabajo” (Responsable Confederal de Acción Sindical, 1999)



Fotos 1 y 2. Los avances tecnológicos apenas han afectado a la fase de aparado, al margen de algunas mejoras en las máquinas de coser. En la fotografía superior, aparadora de la fábrica Segarra, en 1946; en la inferior, aparadora en una fábrica de Elx, en la actualidad.

Por tanto, la necesidad de mano de obra masculina descendió, pero la femenina era difícil de reducir y absorbía gran parte de los costes del trabajo. El profesor Bernabé indica que, en años anteriores, los trabajadores de ambos sexos en las fábricas llegaron a estar a la par, pero pronto esta proporción alcanzó los dos tercios de mujeres ya que se necesitaban 115 mujeres y 25 varones para producir 1.500 pares diarios. Además, basándose en las cifras de producción, calculaba un mínimo de 21.000 mujeres ocupadas en el calzado en la provincia de Alicante en 1970, una cifra muy superior a la estimación de 15.500 hombres y 8.500 mujeres realizada por el Servicio Sindical de Estadística (BERNABÉ, 1976, p. 83). Tal diferencia expresa la envergadura que había adquirido el trabajo informal, siguiendo los esquemas de organización tradicional y dada la facilidad con que algunas de estas tareas pueden trasladarse al hogar y el ahorro de costes que representa para la empresa (laborales, energía, infraestructuras). Es la misma situación, probablemente muy ampliada, que resaltan como tema específico las investigaciones posteriores (VIRUELA, 1983; SANCHIS, 1984; YBARRA, 1986; BERNABÉ, 1987), y como nos recuerdan los sindicalistas entrevistados:

“Las mujeres tienen muchísima importancia en este proceso. Las mujeres son las que trabajan a domicilio, porque han estado presentes en el sector desde siempre, antes del 75 y 76 y antes del proceso democrático; y en la República, en el año 31 las mujeres iniciaron una lucha sindical con la ‘huelga del hilo’, las mujeres son las protagonistas, las que iniciaron una huelga para conseguir que el hilo de los zapatos no se pagara por parte de ellas” (Responsable Confederal de Acción Sindical, 1999)

No se trata de un sistema novedoso, como tampoco lo era entonces: no hacía más que seguir viejas formas de producción doméstica que podrían rastrearse hasta la protoindustrialización, con el trabajo de los hilados, la cordelería o la alpargatería. Aunque la remuneración de las obreras fuera más baja, es evidente que la mecanización ampliaba la brecha entre la productividad del trabajo masculino y femenino, compensada con el recurso al trabajo a domicilio. Aunque se suele aludir al hecho de que las mujeres son las primeras expulsadas en los procesos de regulación de plantilla, se puede añadir que esta remodelación actuaba con facilidad sobre el terreno abonado de la “normalidad” y la costumbre.

La informalidad que no cesa

La reducción del empleo registrada en las últimas décadas ha estado acompañada de todo un proceso de reestructuración espontánea (YBARRA, 1982) que trata de reducir costes mediante la subcontratación, el trabajo clandestino y la descentralización territorial. Estrategias que han sido adoptadas por la industria del calzado desde sus mismos orígenes, aunque no se les denominase con los términos actuales. En efecto, hace siglo y medio la mayor parte del proceso productivo se hacía por este procedimiento. Periódicamente el zapatero acudía al taller a buscar el trabajo que luego realizaba en casa, al igual que la aparadora (BERNABÉ, 1975). Los alpargateros trabajaban en los patios de sus casas o sacaban los bancos a la calle, mientras las mujeres se encargaban de elaborar la trenza del cáñamo (*eixereta*) y de trabajos de costura o cosido. En las primeras décadas del siglo XX la producción a domicilio era la modalidad de trabajo de un gran número de operarios de ambos sexos en los grandes centros alpargateros.

Además la actividad se difundió por los municipios más rurales y próximos a aquellos, ya fuera distribuyendo trabajo por los domicilios de los agricultores o instalando

talleres como los que aparecieron en Petrer, Monòver o Sax, subcontratados por empresas de Elda, que les suministraban la materia prima y las hormas, ocupándose también de la venta del producto. La trenza de cáñamo para las alpargatas de la Vall la elaboraban mujeres de la localidad y de otros pueblos: Fondegulla, Azuébar, Chovar o Eslida, que buscaban en esta labor un complemento a los ingresos proporcionados por el sector agrario (VIRUELA, 1980). También se instalaron talleres en los alrededores de Elx, donde se producían alpargatas más baratas. En cualquier caso, las diferencias salariales entre el centro productor y los pequeños municipios del entorno explican estos procesos de difusión bajo la modalidad de trabajo a domicilio y orientada a la producción de unos pocos modelos muy económicos, ya que se trabaja con mano de obra poco cualificada y mal remunerada. Por su parte, el centro cuenta con una producción más diversificada y de mayor calidad.

El trabajo informal atrajo la atención de los estudiosos en los años de la crisis por su rápida expansión en determinados sectores industriales, como el textil o el calzado. En aquellos momentos había un especial interés por cuantificar el empleo sumergido, tratar de explicar sus causas y reflexionar sobre las implicaciones laborales y económicas. La cuantificación se estimuló desde la Administración en unos momentos en que el debate político y social cuestionaba la verosimilitud de las estadísticas de desempleo (PARRA, 1988). En este contexto se inscribe el estudio de 1985 del Centro de Investigaciones Sociológicas a propuesta de la Secretaría General de Economía y Planificación sobre *Condiciones de vida y de trabajo en España* y que, al igual que la encuesta de la Conselleria de Hisenda de 1984 para el ámbito del País Valenciano, puso en evidencia que un sector importante de la población estaba realizando tareas no registradas y que el volumen de esta fuerza laboral estaba aumentando. Con la información aportada por estas fuentes, el profesor Bernabé elaboró un detallado diagnóstico de la economía sumergida, que empleaba prácticamente a uno de cada cuatro activos valencianos, proporción que se incrementaba en la industria del calzado, donde estaba experimentando además una fuerte aceleración: en 1979 el trabajo oculto se estimaba en un 13% y en 1984 ya ascendía al 41,3%, e incluso era probable que superase al empleo legalmente establecido (YBARRA, 1986; BERNABÉ, 1987).

Como en otras regiones (FRIGENT Y TOUSIJN, 1976), el intenso proceso de informalización se consideraba la respuesta del sector a la crisis económica de los años setenta. Crisis provocada, entre otros factores, por el elevado coste de la mano de obra, el encarecimiento de la energía y de las materias primas, la competencia de nuevos países productores, la escasa capacidad de innovación de un empresariado sin la adecuada formación, etc. Otro factor a tener en cuenta en el aumento del sector informal es la conflictividad laboral de los primeros años de la transición política. Hasta esos momentos, la mayor parte de los ocupados trabajaba en el interior de las fábricas, aunque parte del producto se realizaba en el exterior. El calzado, un sector intensivo en mano de obra, era muy sensible a la elevación de los costes salariales que amenazaba sobre todo a empresas medianas y grandes.

Miles de trabajadores se vieron afectados por los expedientes de regulación de empleo que cada año se amontonaban en las oficinas de las delegaciones provinciales del Ministerio de Trabajo (YBARRA, 1982; VIRUELA, 1986). Sin embargo, las exportaciones se mantenían en unos niveles altos ya que, pese a la crisis, la industria seguía produciendo y ocupando a un gran número de trabajadores a domicilio o en pequeños talleres, sumergidos en todo o en parte. Así resumía la situación Lauren Benton (1986, p.



Foto 3. La mano de obra femenina llegó a ser mayoritaria en muchos establecimientos fabriles. En la foto, comedor de mujeres de la fábrica Segarra, en 1942

346): “el gran descubrimiento de estos últimos años para los empresarios del sector calzado es que pueden cerrar sus empresas declarando falsas quiebras que les permiten abrir de nuevo al día siguiente en el mismo lugar y con los mismos (o diferentes) trabajadores... Eliminar de un plumazo las deudas contraídas con la Seguridad Social (que se contraen con una decisión consciente de no pagar) y pueden librarse de trabajadores problemáticos, eliminar las primas de antigüedad y aprovechar la oportunidad para reducir o eliminar de la fábrica fases de producción que exigen una intervención intensiva de mano de obra, entregándoselas a pequeños subcontratistas o trabajadores a domicilio”.

En aquellos años experimentó un nuevo impulso la difusión de la actividad hacia municipios pequeños ubicados en el entorno de los principales centros productores, llegando incluso a áreas muy alejadas. Así, por ejemplo, en la localidad granadina de Baza se realizaba trabajo para empresas de Elda (BERNABÉ, 1976); de igual modo, la Vall d’Uixó mantenía relaciones con Caudete, en la provincia de Albacete (VIRUELA, 1988). En los nuevos emplazamientos se instalaban talleres que, a la vez, distribuían trabajo a domicilio y, en no pocos casos, han sido el origen de fábricas de calzado, como ha ocurrido en el Pinós, Monòver, Sax o Catral. El trabajo informal fue bien acogido en los pequeños núcleos rurales ya que permitía a la mujer, hasta ese momento ocupada temporalmente en el sector agrario como ayuda familiar, desempeñar una actividad remunerada (MELIS y CANALES, 1996)

Desde la crisis, las empresas del calzado han recurrido de forma directa a trabajadores a domicilio o han subcontratado determinadas tareas a talleres en situación más o menos irregular que, a su vez, distribuyen trabajo a domicilio. Muchos de ellos están



Foto 4. En el momento actual, las operaciones de aparado se realizan casi íntegramente en los circuitos de la economía sumergida. En la foto, mujer cosiendo a mano en el comedor de su domicilio, en la Vall d'Uixó.

dirigidos por trabajadores de firmas ya desaparecidas y se especializan en una determinada fase del proceso productivo, subcontratados por otras empresas en una clara relación de dependencia y subordinación. Ante una situación francamente inestable, estos establecimientos optan por flexibilizar la mano de obra empleada y así adaptarse a los altibajos del mercado. Algunos talleres nacieron para estar sumergidos de forma premeditada, ya que “si nos viéramos obligados a pagar cuotas a la Seguridad Social, tendríamos que cerrar” (BENTON, 1986). Otros se vieron abocados a sumergirse para poder subsistir ante la competencia de aquellos. Ciertamente la informalidad ejerce una presión continua sobre el sector formal haciendo que cada vez más empresarios se comporten de igual modo. No ocultarse significa, en muchos casos, la expulsión del mercado.

Mujeres, domicilio y taller

El trabajo informal caracteriza en la actualidad a la industria del calzado, cuya producción se apoya en una amplia red de talleres subcontratados en situación irregular y en el trabajo domiciliario (YBARRA, 2000 a). Sin embargo, el sistema funciona gracias a la disponibilidad de mano de obra abundante y dispuesta a trabajar en unas condiciones inferiores a las consideradas como normales. Entre los estudiosos del sector calzado hay un amplio consenso al destacar el predominio femenino en el trabajo informal. Pero es mucho más significativo el hecho de que para el conjunto de mujeres ocupadas en esta industria, las trabajadoras informales superan a las que lo hacen en el sector oficial, ya que las operaciones de aparado, tradicionalmente ejecutadas por mujeres, se realizan casi íntegramente en los circuitos de la economía sumergida (VIRUELA, 2000 a). La representación femenina es casi total cuando el trabajo se realiza en casa, ya que las relaciones de subordinación por género se agudizan cuando más precarias son las condiciones laborales (GARCIA RAMON *et al.*, 1996).

Las diferencias debidas al género se manifiestan en la perspectiva de estabilidad que tiene esta situación en uno y otro caso: los varones pueden acomodarse a esta forma de trabajar de manera transitoria, en casos extremos de falta de trabajo externo, incluido el informal, en espera de tiempos mejores. Para las mujeres el recurso a la informalidad también puede ser un paréntesis en su vida activa, por ejemplo, la época de crianza de los hijos o la falta de un empleo alternativo, como se ha constatado en centros rurales, en los que la difusión del trabajo a domicilio ha empleado a muchas jóvenes (MELIS y CANALES, 1996). Pero la anomalía radica en que este trabajo adquiera la categoría de una modalidad propia de empleo para muchas mujeres, siendo incluso una opción “elegida” como horizonte laboral y no sólo “obligada” desde el punto de vista externo. En este caso, aparte de las circunstancias económicas o las dificultades de movilidad espacial que impiden el empleo fuera del hogar, no puede obviarse la mentalidad del entorno social y de las propias mujeres que asumen la asignación por género de las responsabilidades reproductivas y la división del espacio público y privado.

“...y por qué trabaja en casa?, pues porque la gran mayoría de mujeres que en este momento tienen los 40 años y tienen hijos, pues trabajan dentro de casa y si no se tienen hijos, se trabaja fuera, con o sin contrato de trabajo en una empresa, y cuando vienen los niños se trabaja dentro de casa porque es más cómodo, horario flexible, que te lo acomodas a tus necesidades, y esta es la cultura de las mujeres que hay dentro de la zona zapatera” (Responsable Sindical, Elx, 1999)

El marco social y familiar adquiere, por tanto, una gran relevancia en la interpretación de la persistencia del trabajo informal, sobre todo a domicilio, como fuente suministradora de un contingente de trabajadoras dispuestas a aceptar sus condiciones, incluso de buen grado. La normalidad de este proceder se refleja en que cuenta incluso con una antigua reglamentación (BOE 5-5-1946), donde se exponen unas condiciones laborales para el trabajo a domicilio equiparadas a los trabajadores de las fábricas e incluye compensaciones por el consumo de energía propia, aunque no tenemos ninguna constancia sobre su aplicación efectiva.

En los años ochenta el trabajo informal se convirtió en una realidad generalizada en las zonas zapateras, socialmente aceptado como recurso, posibilidad o alternativa de trabajo (YBARRA, 1986), sobre todo para la mujer. En efecto, la ocultación era básicamente de mujeres que trabajaban a domicilio, modalidad que permite alternar el trabajo asalariado con las responsabilidades domésticas. Hoy, como ayer, es en el domicilio donde se esconde buena parte del trabajo informal, pero en las últimas décadas han proliferado las pequeñas fábricas y talleres que trabajaban de forma irregular, lo que Bernabé (1981) denominó "sumersión de la estructura productiva". Algunos establecimientos son totalmente ilegales; otros son legales en la medida en que sus propietarios satisfacen el IAE y otros impuestos, pero las relaciones que mantienen con los trabajadores incumplen las normas laborales, ya que no les contratan o lo hacen por menos horas de las que realmente trabajan.

Las características de las trabajadoras a domicilio son diferentes a las de las operarias de fábricas y talleres, según los resultados la encuesta. Las más jóvenes trabajan en el interior de estos pequeños establecimientos que, para algunas, constituyen su primera experiencia laboral. A partir de los treinta y cinco años (Cuadro 1) aumenta progresivamente la proporción de trabajadoras a domicilio, entre las que predominan de forma absoluta las mujeres casadas. El perfil de la aparadora a domicilio es el característico de la trabajadora en la economía sumergida (BERNABÉ, 1987, 1989; SANCHIS, 1984, 1988; YBARRA, 1986), que responde al de casada, de mediana edad, con bajo nivel de instrucción y que compagina la actividad productiva con las tareas domésticas, que asume en exclusiva. El supuesto atractivo que representa la posibilidad de alternar el trabajo doméstico con el asalariado hace que incluso las mismas mujeres consideren el trabajo a domicilio más apropiado para las casadas: "el trabajo a domicilio es perjudicial para las solteras pero beneficioso para las casadas" (SANCHIS, 1984); "si trabajo fuera me veo yo más obligada, para ser mujer casada. Para una soltera me parece más correcto en una empresa" (DOMINGO y VIRUELA, 1998 a).

No es necesario detenerse en la descripción de las condiciones de trabajo en el hogar, puesto que han sido referidas en muchas ocasiones (AA VV, 2000). Pero conviene recordar que, de las diferentes modalidades de ocupación (en la fábrica o taller, legal o ilegal, y a domicilio), las condiciones laborales son más precarias cuando se trabaja en casa. En la vivienda el trabajo productivo y reproductivo comparten el mismo espacio y la mujer soporta una larga jornada en la que combina las tareas domésticas con la actividad remunerada, a la que forzosamente tiene que dedicar muchas horas y ser muy hábil para alcanzar lo que, para cualquier época, podría considerarse el salario medio del sector. Pero, aun así, la percepción de las "ventajas" del trabajo a domicilio, sobre todo en cuanto a posibilidades de atención doméstica, ha pesado mucho, no sólo en el sentir de las afectadas, sino en el propio ambiente social que propiciaba este sistema de trabajar.

Cuadro 1. Características de las mujeres, según el lugar de trabajo (%)

Edad/ Estado civil	Fábrica o taller		Domicilio	Total
	Con contrato	Sin contrato		
Hasta 16 años	-	66.6	33.4	100
16-25	38.4	33.3	28.3	100
26-35	28.7	29.1	42.2	100
36-45	19.4	18.5	62.1	100
46-55	14.7	19.3	66.0	100
Más de 55 años	1.9	11.5	86.5	100
Solteras	36.6	34.8	28.6	100
No solteras	20.6	21.3	58.1	100
Total	24.8	24.9	50.3	100

Fuente: encuesta CIDES, 1999, sobre una muestra de 1.106 mujeres.

En época de crisis, el trabajo informal era la posibilidad que tenían muchas mujeres de realizar una actividad remunerada y, como decía Sánchez Ayuso (1981), “permite que más o menos gente trabaje y que, por tanto, de esta forma escape a la absoluta desesperación”. En efecto, en unos momentos de paro generalizado y creciente inseguridad en el empleo, el trabajo oculto respondía a razones de necesidad y en la mayoría de los casos los ingresos obtenidos de esta forma constituían la parte esencial de las rentas familiares (YBARRA, 1986). En la actualidad, la necesidad económica ya no parece ser un motivo perentorio, excepto en las familias monoparentales (DOMINGO, 2000), aunque los ingresos también se consideran imprescindibles para alcanzar un nivel de consumo medio.

Las relaciones entre el empleador y la trabajadora han experimentado un cambio significativo. Antes mantenían una relación de explotación; la oferta de mano de obra superaba a la demanda y ello permitía al empresario imponer sus condiciones, que la mujer aceptaba porque escaseaban las alternativas. En caso contrario, había otras a las que podía recurrir. Ahora, aunque las situaciones de explotación no se hayan disipado, también se dan casos en que se establece una especie de complicidad entre el empleador y la trabajadora, cuando la permanencia en el mercado de trabajo informal conviene a ambos: el empresario consigue reducir al mínimo los costes salariales, además de otros beneficios considerables; por su parte, los motivos que llevan a la mujer a aceptar este tipo de empleos pueden ser diversos pero, al parecer, se valora la posibilidad de obtener unos ingresos libres de impuestos y, en ocasiones, complementarios al cobro de subsidios, práctica que se revela en las entrevistas:

“Yo, fijate, te voy a poner un ejemplo. En una ocasión me quedé parada (...) aquí en Elda hay una emisora de radio que da los números de teléfono de los empresarios que buscan trabajadoras (...) Pues yo llamé a uno de esos números, hacía falta una caladora. Y me dicen lo primero: vamos a ver, ¿usted está cobrando? Y digo yo: ¿cómo que si estoy cobrando? Y dice, sí, caja o... ¿está usted parada? Digo, sí estoy parada, si estuviera cobrando no me estaría buscando trabajo. Dice: Ay, entonces no nos interesa. Ay! No nos interesa y le voy a explicar por qué, porque mire, si usted cobra caja o ayuda familiar, resulta que ya tiene usted una

ayudica. Porque nosotros podemos pagar poco y lo poco que usted cobra por otro lado, pues, hacen un salario de una cosa bien. Pero si no está usted cobrando, no me interesa. Eso es lo que hay aquí, y eso puerta sí, puerta no (Marisa, fábrica legal, Elda, 1999)

CAMBIOS Y PERSPECTIVAS EN UN NUEVO MARCO SOCIOECONÓMICO

La evolución económica, social y cultural de los últimos años ha modificado el modelo laboral femenino, tanto en los tradicionales centros productores como en los municipios rurales que han adoptado la industria del calzado en fecha reciente a resultados de procesos de deslocalización. Por ello, aunque persiste el trabajo informal, especialmente el realizado a domicilio, puede que en el futuro decline o se modifique en cuanto a sus protagonistas y ubicación.

Cambios económicos: diversificación y alternativas para las mujeres

En los estudios sobre la economía sumergida de los años 80 se puso un especial énfasis en la reflexión teórica sobre su vinculación a las circunstancias económicas y técnicas en que se encontraban, o a las que se enfrentaban, las empresas. Se distinguía entre las que recurrían a la sumersión como vía de supervivencia o como alternativa a una modernización que estaba fuera de sus posibilidades, pero también como una fórmula que podía sustituir nuevas tecnologías y facilitar su adopción (BERNABÉ, 1987), e incluso ser utilizada por empresas modernizadas para lograr mayores beneficios. En las prácticas informales se reconocía la incidencia de factores técnicos, económicos, sociológicos e institucionales, referidos estos últimos al grado de profesionalidad empresarial y a las relaciones con el Estado. En este sentido, la expectativa que se tenía sobre la política industrial era conseguir que la competitividad de la empresa no estuviera basada en los bajos precios derivados de salarios insuficientes (SANCHIS, 1988, p. 413). Pero, transcurridos más de doce años, para gran parte del sector del calzado, éste parece ser un horizonte constantemente huidizo.

En el debate sobre la relación entre ciclo económico e informalidad, Bernabé sugería que ésta se acrecentaba con la crisis y que podría decrecer una vez superada, ya fuera de forma inmediata o tras un periodo de retraso, explicado por el efecto perverso de competencia creado por las empresas sumergidas. Pero, en caso de no existir tal relación, la permanencia de la sumersión habría que buscarla en la rigidez del mercado de trabajo y en la elevación de los costes indirectos, como la presión sindical. Lo cierto es que el trabajo oculto creció en época de crisis y después no remitía, a pesar de la recuperación económica, ya que aumentaba el número de mujeres empleadas en el trabajo a domicilio, la creación de talleres ocultos y el nacimiento de empresas subcontratadas con vocación sumergida. En efecto, el sector calzado optó por una reestructuración que ahondaba en los esquemas productivos tradicionales más que en la modernización del aparato productivo y la cualificación del producto (YBARRA, 1986, p. 95). Y, pese al crecimiento del empleo y a la reciente diversificación económica, la industria del calzado sigue enganchada al trabajo informal. Un gran número de mujeres permanece en la economía sumergida y precisamente la existencia de esta mano de obra tiene una notable incidencia en la continuidad de estas formas de producir, puesto que es susceptible de ser aprovechada en condiciones muy baratas. Parte de la mano de obra reside en municipios rurales, que en los últimos años han modificado la estructura económica. La elevación del nivel de vida y el estímulo al con-

sumo requieren un incremento de la renta familiar, animando la participación de las mujeres en actividades remuneradas. Las exigencias de flexibilidad y la moderación salarial responden bien a las circunstancias sociales y económicas de las mujeres residentes en estos espacios, que aceptan con agrado un trabajo que se puede hacer en el mismo domicilio. El caso estudiado por Ana Melis y Gregorio Canales (1996), que muestra la transformación de un pueblo de tradición agraria en un municipio especializado en la producción de calzado, ha sido común a muchas pequeñas localidades de las comarcas del Vinalopó y el Segura (CANALES, 1995; PONCE, 1998), donde los empresarios obtienen terrenos baratos y sobre todo mano de obra dispuesta a trabajar mucho por poco dinero.

No obstante, en los últimos años, el empleo industrial se ha reducido de forma brusca en las principales localidades zapateras y se ha diversificado la estructura profesional de la población ocupada, en particular de la femenina que ha encontrado nuevas oportunidades de empleo en el proceso de terciarización. En 1991, en Elx y en Elda algo más de la mitad de las mujeres trabajaban en los servicios, y en la Vall lo hacían dos de cada tres. Porcentajes que sin duda se han incrementado desde entonces. Así pues, las mujeres encuentran nuevas oportunidades de empleo formal, aunque en muchos casos también se les exige flexibilidad numérica y funcional.

Evolución social: nuevas actitudes y expectativas

La disponibilidad de mano de obra femenina está en función de su tasa de actividad, que en el País Valencià se ha incrementado en un 63% en los últimos veinte años. Es decir, muchas mujeres se han incorporado al mercado laboral y, muy probablemente, afloran también mujeres ya trabajando. Sin embargo, las tasas específicas de actividad y ocupación se distribuyen de manera muy distinta según la edad (DOMINGO y VIRUELA, 1998 b). En términos generales, lo más novedoso es la incorporación más tardía de las jóvenes y la permanencia en el mercado laboral en edades coincidentes con el matrimonio, en las que antes se producía un fuerte descenso. El acceso de jóvenes de ambos sexos a la educación de grado medio y superior ha sido espectacular en las últimas décadas, lo que retrasa su entrada en el trabajo, aparte de la prolongación del periodo educativo obligatorio. En ciudades como Elx, Elda o la Vall d'Uixó, la llegada de generaciones con mayor nivel educativo y con un tipo de formación profesional adquirida fuera del hogar es también una realidad.

En la actualidad, el papel de la mujer en la sociedad en general y en el mundo laboral, en particular, no cabe duda de que es mejor valorado, por lo menos en teoría y en la política de igualdad de oportunidades. Las mujeres encuestadas reflejan también un cierto cambio de mentalidad, aunque muy matizado según la edad y el estado civil. Como es lógico, la aspiración a un trabajo que puedan compaginar con las funciones reproductivas sigue siendo el objetivo de muchas mujeres, lo que probablemente supone la aceptación implícita de que éstas son de su competencia primordial o exclusiva: están de acuerdo el 82% de las casadas y el 65% de las solteras; el 66'3% de las menores de 25 años y el 88'4 de las mayores de 46. Esta diferencia tanto puede significar el deseo de cambio de las más jóvenes hacia un modelo de trabajo compartido dentro y fuera del hogar, como una opinión transitoria mientras no han formado su propia familia.

Por otra parte, son conscientes de que no tienen la mismas oportunidades que los hombres en el mercado de trabajo y así lo expresan en el 69% de las respuestas, apenas sin variación por edad o estado civil, pero con alguna diferencia según su situación labo-

ral: 63'6 % para las trabajadoras en fábrica o taller legal y el 72% para las que trabajan a domicilio. Por último, la afirmación de que para una mujer tener empleo es la mejor forma de ser independiente alcanza el 85'5%, en este caso de manera unánime en cuanto a edad y estado civil (FRAU, 2000). Hay que tener en cuenta que las respuestas proceden de las trabajadoras actuales del sector, la mayoría soportando precarias condiciones laborales. Es decir, faltaría conocer la opinión y las razones de tantas otras que lo han abandonado o que han evitado entrar en él.

El marco social ha evolucionado de modo que la dureza del trabajo informal, los bajos salarios y, especialmente, la falta de prestaciones sociales, resultan cada vez menos aceptables para las mujeres, máxime si son jóvenes (YBARRA, 2000 a). Los testimonios de las entrevistadas y responsables sindicales dejan entrever otras aspiraciones laborales y posturas mucho más críticas ante el trabajo informal. Por una parte, el propio sistema ha empeorado sus condiciones y exigencias, inmerso en una espiral de competencia, que lo hace más rechazable; por otra, este tipo de ocupación probablemente ya no es contemplada por muchas mujeres como una opción en sí misma, sino como un recurso eventual y transitorio en espera de una oportunidad mejor. Las mismas trabajadoras del sector expresan su preferencia casi unánime por la fábrica legal frente al trabajo a domicilio, con matices según la edad o el estado civil.

Cuadro 2. Preferencias de las trabajadoras del calzado (%)

Edad	Situación en la que les gustaría encontrarse		
	Fábrica/taller legal	A domicilio	Sin trabajar
16-25	62.0	3.5	34.5
26-50	52.6	5.5	41.9
51-65	32.4	13.8	53.7
Estado Civil			
Solteras	67.2	3.1	29.7
No solteras	47.0	7.1	45.9

Fuente: Encuesta CIDES, 1999

Los síntomas de disconformidad se manifiestan también en las trabajadoras de edad mediana y avanzada, que prefieren salir del sector antes que soportar sus precarias condiciones, y en el deseo de que sus allegadas no continúen haciendo este trabajo.

"Sí, me dieron de alta porque coso muy bien y querían tenerme contenta. Pero lo voy a dejar. A mí me dijeron cuando acabó el contrato que si quería seguir o si quería dejarlo, (pero) de momento me tendrían un tiempo sin contrato. Y yo no quiero estar sin contrato, para eso prefiero dejarlo" (Rosa, Elda)

"Lo normal era que (las chicas) se metían a la fábrica, entonces había mucha mano de obra y, aun así, se necesitaba, pero había mucha mano de obra. Después ha pasado que las que hemos sido aparadoras no queremos enseñar a las nuestras. A mí me viene una persona que conozco y yo la enseño, pero a la gente de la familia no quieres, ni a tus hijas, ni a tus sobrinas, ni a nadie que aprecies (...) a mí me gusta, disfruto trabajando, pero yo no quiero que lo hagan mis hijas" (Elisa, Villena)

Lo más probable es que las mujeres mayores, con un nivel cultural bajo, tengan escasas posibilidades de encontrar otros empleos y lo más normal es que pasen a la inactividad. Estas mujeres han permanecido buena parte de su vida activa trabajando en el calzado, casi siempre a domicilio, y han acumulado una experiencia de muchos años. Constituyen la mano de obra femenina más cualificada, capaz de ejecutar con rapidez y eficacia las diferentes operaciones del aparato. Ciertamente, para trabajar en algunas fases de la confección de zapatos no se requiere una formación específica ya que, dado el bajo nivel tecnológico, es suficiente un adiestramiento mínimo que puede adquirirse en pocos días o semanas (VIRUELA, 2000 b). Sin embargo, y como ya apuntaba el profesor Bernabé (1976), el oficio de aparadora cuesta varios años de aprendizaje. Por este motivo, dentro de poco será difícil encontrar trabajadoras experimentadas, como ya se nota en los principales centros productores.

“... a veces se plantean trabajar en el sector de la limpieza o en otros sectores. Con lo cual hemos perdido a esa compañera que lo sabía hacer todo, que conocía todas las piezas. Que sabía hacerlo todo y... unía esas piezas, y sabía como hacerlo. Eso hoy ya hay muy pocas aparadoras que sepan hacerlo... Hoy los empresarios están buscando aparadoras de esas pero, como no les han revisado el salario, como no las contratan, como no les pagan los gastos, etc., esa aparadora se ha buscado trabajo en otro sitio y se ha ido” (Responsable de Acción Sindical)

De hecho, en los periodos de mayor demanda en el mercado es difícil encontrar mano de obra especializada, lo cual resulta una ironía porque evidencia la falta de buenas profesionales, esto es, mujeres con una cualificación que hasta ahora no ha tenido el adecuado reconocimiento salarial. Con el fin de paliar las imperfecciones entre la oferta y la demanda del mercado de trabajo, la Conselleria d'Economia, Hisenda i Ocupació subvenciona cursos de formación e inserción profesional. Las especialidades que se han venido impartiendo en los últimos años, las diferencias de género entre el alumnado (Cuadro 3) y los municipios a los que se han concedido (Cuadro 4), reflejan las características y el comportamiento de la industria ya comentados.

Cuadro 3. Inscripciones en cursos de formación en el sector calzado, entre 1995 y 2000

Titulación	Varones	Mujeres	Total		Tasa de feminización
			Número	%	
Diseño	25	5	30	0,9	16,7
Patronista	129	122	251	7,9	48,6
Aparado	80	1.910	1.990	63,0	96,0
Cortado	425	58	483	15,3	12,0
Montado	202	28	230	7,3	12,2
Terminado	8	86	94	3,0	91,5
Control de calidad	20	12	32	1,0	37,5
Técnico	38	12	50	1,6	24,0
Total	927	2.233	3.160	100,0	70,7

Fuente: Direcció General de Formació i Inserció Professional, Conselleria d'Economia. Elaboración propia.

Cuadro 4. Distribución geográfica de las inscripciones

Localidad	Varones	Mujeres	Localidad	Varones	Mujeres
Almenara		19	Elx	364	542
La Vall d'Uixó	12	160	Fondó de les Neus		16
València	6	11	Jacarilla	1	107
Picassent	35	6	Monòver	1	15
Alacant	9	23	Montesinos	1	14
Asp		18	Orihuela	26	313
Benejama		30	Sax	23	12
Benejúzar	49	327	Villena	14	75
Callosa del Segura	22	253	Total	927	2.233
Elda	364	292			

Fuente: Direcció General de Formació i Inserció Professional, Conselleria d'Economia. Elaboración propia.

Entre 1995 y 2000, la Direcció General de Formació ha concedido ayudas para cursos sobre diseño, cortado, aparado, montado, etc., que en conjunto han registrado más de tres mil inscripciones. Ya que en la oferta de títulos se evalúan las necesidades de formación detectadas en el mercado, es evidente que, como hemos indicado más arriba, el sector calzado necesita mano de obra especializada en operaciones de aparado (63% de la matrícula). Especialidad que, como la del terminado, está muy feminizada. En cambio, el alumnado de los cursos de diseño, cortado o montado es mayoritariamente masculino. Así pues, el proceso de aprendizaje contribuye a reforzar la división sexual del proceso productivo. En Elx y Elda la relación entre sexos está bastante equilibrada debido a la mayor diversificación de tareas en estos centros; no obstante, se mantienen las diferencias en la formación específica de hombres y mujeres. En otras localidades, en particular en Jacarilla, Benejúzar o Callosa, destaca el peso abrumador del aparado y de las mujeres, en consonancia con los recientes procesos de difusión de tareas intensivas en mano de obra hacia estos municipios del Baix Segura. Una vez finalizado el periodo de aprendizaje (entre 300 y 400 horas en el aparado, de 500 a 700 para la especialidad de patronista, etc.) y dada la importancia de la economía sumergida, quienes se quedan en el sector realizan el trabajo en casa, en un pequeño taller o, en el mejor de los casos, en establecimientos legales pero en condiciones de contratación muy precarias.

CONSIDERACIONES FINALES

El trabajo informal, sobre todo en su modalidad a domicilio, es utilizado en muchos países en general menos desarrollados, pero también es frecuente en zonas deprimidas de países desarrollados, de manera que ofrece rasgos locales específicos según el contexto geográfico y en relación con la situación económica, política y social. Los centros zapateros valencianos se han desarrollado desde antiguo en unas condiciones económicas precarias, con escasas alternativas laborales para las mujeres y en un marco social en que el trabajo femenino es poco valorado, mal pagado y subordinado al ámbito doméstico. Sin embargo, las circunstancias socio-económicas han evolucionado positivamente y algunas empresas han optado por un producto basado en la calidad y el

diseño. Pero otras muchas han sobrevivido y proliferado recurriendo al trabajo barato y la sumersión, incluso haciendo de ella su propia razón de ser, aferradas a la inercia del sistema.

En el calzado valenciano ciertamente las coyunturas económicas de diverso signo han marcado las pautas de la expansión del sector, de sus crisis y del empleo masivo de mano de obra oculta. A pesar de la mejora en la situación económica y la ampliación de las expectativas laborales para las mujeres, el trabajo informal continúa presente, al socaire del nuevo modelo productivo postfordista, tan exigente en trabajo flexible. No obstante, a la explicación económica se suma el hecho de que las prácticas informales se insertan en una estructura social que ha asumido tradicionalmente estas formas de trabajar. Su desarrollo y persistencia se vincula a la condición necesaria, aunque no sea suficiente, de la abundancia de mano de obra femenina que ha aceptado o aguantado las precarias condiciones del trabajo a domicilio o en talleres, total o parcialmente clandestinos.

Por tanto, los factores culturales y sociales son relevantes también para explicar la disponibilidad de las mujeres. Aparte de las que continúan en la informalidad por necesidad imperiosa de trabajar y a falta de otras alternativas, también hay mujeres que siguen trabajando así por otras causas, objetivas o subjetivas, como las relaciones personales con los empleadores, las supuestas ventajas de trabajar en casa, el concepto de trabajo como ayuda familiar, el deseo de incrementar el consumo, etc. La cuestión es si esta abundancia de trabajo barato puede seguir manteniéndose en el contexto social actual y del inmediato futuro.

Los datos y las opiniones recogidas revelan el empeoramiento del trabajo informal, percibido ahora con mayor nitidez en sus aspectos negativos, al disponer de más elementos de comparación con otras ocupaciones, en cuanto a retribución, prestaciones sociales y salud laboral. Se pone de manifiesto el abandono de este tipo de trabajo por parte de mujeres de mediana edad, profesionales cualificadas, y la difícil continuidad de las jóvenes, pero no es la renuencia al empleo en el sector, sino la crítica a sus condiciones, lo que podría hacer declinar la informalidad en este ámbito geográfico. Es evidente que la fabricación de calzado basado en los mínimos costes laborales buscará otros mercados de trabajo a bajo precio, incluso fuera de nuestras fronteras. Pero muchas pequeñas empresas seguramente no podrán seguir aprovechando las ventajas de una mano de obra barata que parecía inagotable en los centros zapateros tradicionales. Esta es también la percepción de los sindicatos:

“La economía sumergida en este sector, a la larga está condenada. Está condenada por el factor de la propia competencia. Si la fabricación es de mayor calidad, el valor añadido será mayor y, evidentemente, el elemento coste del calzado de baja calidad será una cuestión clara: en este país no se va a poder realizar ni con la economía sumergida. Por lo tanto vemos que para un futuro está condenada a desaparecer (...) no se puede seguir compitiendo ya con el factor intensivo mano de obra” (Responsable sindical, 1999)

El profesor Bernabé señaló claramente la importancia del trabajo informal de las mujeres en el desarrollo del sistema. Las transformaciones que lo han llevado a los recientes niveles de degradación son expresadas por el profesor Ybarra (2000 b) con la metáfora de “nuevas ropas para una vieja dama”. Añadiríamos ahora que quizá a la nueva mujer, consciente de su protagonismo en el mercado laboral, los viejos zapatos le resulten ya demasiado opresivos.

BIBLIOGRAFÍA

- AA VV (2000): *Zapatos de cristal. La mujer como protagonista en la industria valenciana del calzado*, Secretaria de la Dona, CCOO del País Valencià, València, 271 p.
- BAYLINA FERRÉ, Mireia (1994): Geografía de la producción, flexibilidad en el mercado de treball i relacions de gènere. L'exemple del treball industrial a domicili, *Cuadernos de Geografía*, 55, pp. 45-61
- BAYLINA FERRÉ, Mireia (2000): Unidas por el mismo hilo. Un estado de la cuestión sobre el trabajo a domicilio, en Garcia Ramon, M^a D. y Baylina, M. (ed.) *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*, Oikos-Tau, Barcelona, pp. 219-244
- BENTON, Lauren (1986): La informalización del trabajo en la industria, *Papeles de Economía Española*, 26, pp. 333-350
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1975): Origen de la industria del calzado en el País Valenciano, *I Congreso de Historia del País Valenciano*, pp. 153-165
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1975): *Indústria i subdesenvolupament al País Valencià (el calçat a la Vall del Vinalopó)*, editorial Moll, Palma de Mallorca, 109 p.
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1976): *La industria del calzado en el valle del Vinalopó*, Valencia, Departamento de Geografía, 236 p.
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1977): Factores de localización y crisis de la industria valenciana del calzado, *Panorama Bursátil*, 6, pp. 71-87
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1981): La economía oculta, *Cuadernos de Geografía*, 29, pp. 222-224
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1987): Economía sumergida en la Comunidad Valenciana, *Revista de Treball*, 3, pp. 125-150
- BERNABÉ MAESTRE, José María (1989): Condiciones de trabajo, salarios y cualificación de la mujer: economía sumergida, en *Mujer e igualdad de oportunidades en el empleo*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, pp. 33-36
- CANALES MARTÍNEZ, Gregorio (1995) (dir.): *El Bajo Segura. Estructura espacial, demográfica y económica*, Universidad de Alicante, Alicante, 312 p.
- DOMINGO PÉREZ, Concha (2000): Las condiciones laborales de las trabajadoras del calzado, en AA VV: *Zapatos de cristal. La mujer como protagonista en la industria valenciana del calzado*, Secretaria de la Dona, CCOO del País Valencià, València, pp. 65-85
- DOMINGO PÉREZ, Concha y VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (1998 a): Mujer y economía irregular, *Asparkia. Investigació Feminista*, 9, pp. 121-137
- DOMINGO PÉREZ, Concha y VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (1998 b): La creciente incorporación de las mujeres valencianas al mercado laboral, *Cuadernos de Geografía*, 64 pp. 425-444
- FRAU LLINARES, María José (2000): Trabajo doméstico y trabajo mercantil. Trayectorias y actitudes de las mujeres ante el trabajo, en AA VV: *Zapatos de cristal. La mujer como protagonista en la industria valenciana del calzado*, Secretaria de la Dona, CCOO del País Valencià, València, pp. 87-116
- FRIGENI, Renato y TOUSIJN, Willen (1976): *L'industria delle calzature in Italia*, Il Molino, Bolonia, 264 p.
- GARCIA RAMON, M^a Dolores; BAYLINA; Mireia; DOMINGO, Concha; VILLARINO, Montserrat y VIRUELA, Rafael (1996): El trabajo industrial a domicilio en la España rural. Un análisis desde la perspectiva del género, *Boletín de Estudios Geográficos*, Mendoza, Argentina Universidad de Cuyo, 92, pp. 217-244.
- LITTLE, Jo (1991): Theoretical issues of women's non-agricultural employment in rural

- areas, with illustrations from the U.K., *Journal of Rural Studies*, vol. 7, 1/2, pp. 99-105
- MELIS, Ana y CANALES, Gregorio (1996): El trabajo a domicilio en la Vega Baja del Segura (Alicante): origen y desarrollo en un municipio agrícola, *Investigaciones Geográficas*, 16, pp. 137-154
- NAROTZKY, Susana (1988): *Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talleres*, Institut Alfons el Magnànim, València, 182 p.
- OBERHAUSER, Ann M. (1996): Espai, gènere i estratègies econòmiques de la unitat familiar: el treball a domicili de les dones a l'Apalàtxia rural, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 26, pp. 147-165
- PARRA BAÑO, Tomás (1988): Pretextos de empleo, en Sanchis, E. y Miñana, J. (ed.): *La otra economía. Trabajo negro y sector informal*, Edicions Alfons el Magnànim, València, pp. 369-402
- PEÑA RAMBLA, Fernando (1998): *Història de l'empresa Segarra*, Diputació Provincial, Castelló, 410 p.
- PONCE HERRERO, Gabino (1998): Especialización económica y mercado laboral en los municipios alicantinos, *La población valenciana, pasado, presenta, futuro*, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, Alicante, vol. II, pp. 349-373
- SABATÉ, Ana (1992): Trabajo, género y diversificación económica en zonas rurales, *Treballs de Geografia*, 44, pp. 99-107
- SANCHIS GÓMEZ, Enric (1984): *El trabajo a domicilio en el País Valenciano*, Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura, Madrid, 256 p.
- SANCHIS GÓMEZ, Enric (1988): La economía sumergida en el País Valenciano, en SANCHIS, E. y MIÑANA, J. (ed.) *La otra economía. Trabajo negro y sector informal*, Edicions Alfons el Magnànim, València, pp. 403-418
- SÁNCHEZ AYUSO, Manuel (1981): La economía golfa, diario *El País*, año VI, nº 1.521, 27 de marzo, p. 46
- VINAY, Paola (1985): Family life cycle and the informal economy in Central Italy, *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 9, 1, pp. 82-96
- VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (1980): La industria de alpargatas en la Vall d'Uixó, *Cuadernos de Geografia*, 27, pp. 203-220
- VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (1983): El trabajo a domicilio en la industria del calzado de la Vall d'Uixó, *Estudis Castellonencs*, 1, pp. 401-409
- VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (1986): Cambios recientes en la industria castellanense del calzado: reflexiones sobre una crisis, *Investigaciones Geográficas*, 4, pp. 127-147
- VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (1988): *La industria del calzado en la provincia de Castelló*, Sociedad Castellonense de Cultura, Castelló, 90 p.
- VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (2000 a): Mujeres y trabajo no declarado en la industria del calzado, en García Ramon, M^a D. y Baylina, M. (ed.) *El nuevo papel de las mujeres en el desarrollo rural*, Oikos-Tau, Barcelona, pp. 269-288
- VIRUELA MARTÍNEZ, Rafael (2000 b): Características del trabajo de la mujer en la industria del calzado, en AA VV: *Zapatos de cristal. La mujer como protagonista en la industria valenciana del calzado* Secretaria de la Dona, CCOO del País Valencià, València, pp. 37-63
- YBARRA PÉREZ, Josep Antoni (1982): La reestructuración espontánea del calzado español: aspectos laborales y territoriales, *Boletín de Estudios Económicos*, 117, vol. XXXVII. Deusto, pp. 483-504.
- YBARRA PÉREZ, Josep Antoni (1986): La informalización industrial en la economía valenciana: un modelo para el subdesarrollo, *Revista de Treball*, 2, pp. 85-103

- YBARRA PÉREZ, Josep Antoni (2000 a): La informalización como estrategia productiva. Un análisis del calzado valenciano, *Revista de Estudios Regionales*, 57, pp. 199-217
- YBARRA PÉREZ, Josep Antoni (2000 b): Las nuevas ropas de una vieja dama, en AA VV: *Zapatos de cristal. La mujer como protagonista en la industria valenciana del calzado* Secretaria de la Dona, CCOO del País Valencià, València, pp.17-21

